



MATA UN RAPER

José Luis Charro Caballero

MATA UN RAPER



Primera edición: mayo 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Charro Caballero

ISBN: 978-84-18663-82-6

ISBN digital: 978-84-18663-83-3

Depósito legal: M-15041-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

I

Sentir a aquel cabronazo hablándole al oído, llenándole la oreja de babas, le daba un miedo terrible que le producía un sudor frío. «Será sobón...», pensó Rocha con cierto miedo a que le fuera a meter mano.

No sabía el motivo por el que lo retenía en la sala de profesores. Podía ser por fumar en los baños del instituto, o por el graffiti que había hecho.... Pero no le decía el motivo... O a lo mejor Rocha no era capaz de procesar la conversación por los nervios. Jaime se despidió de él con un bofetón que no vio venir, a traición, y se fue sin decir nada más.

Jaime era el profesor de Lengua y Literatura. A Rocha le parecía un tío asqueroso. Se hacía compañero de las chicas de la clase como si fuera entre ellas uno/a más, y a los muchachos en general los despreciaba. La verdad es que no sabría decir si era o no buen profesor porque le causaba tanto rechazo que no era capaz de prestarle atención. No sin motivos, le tenía miedo. A Jaime le gustaba hablar con tono amanerado, sobreactuaba usando palabras pedantes, todos decían que era un reprimido.

Rocha intentó analizar lo que acababa de ocurrir, pero tenía lagunas, no podía recordar y prefirió tratar de olvidar el tema.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó Fernando, que lo estaba esperando a la salida del instituto.

—Me tuve que quedar hablando con un profesor —dijo Rocha quitándole importancia.

Fernando era compañero de básquet de Rocha, estudiaba en un colegio privado cercano y siempre pasaba a buscarlo para ir a entrenar.

—Vamos justos de tiempo.

Corrieron hacia la boca del metro. Una vez dentro, bajaron las escaleras mecánicas caminando deprisa, saltando los tres últimos escalones, y al llegar al andén escucharon que venía el tren y en un sprint final entraron cuando sonó el silbato de cierre de puertas.

—¡Uf! —dijo Rocha agitado—. Hemos salvado el tiempo perdido.

Fernando miró su reloj.

—Al menos ya no vamos a llegar tarde... Oye... ¿Seguro que estás bien?

—Sí —dijo categóricamente Rocha mientras sacaba sus auriculares para evidenciar que no tenía ganas de hablar.

II

Los entrenos de básquet se hacían los lunes y miércoles en el antiguo barrio de Fernando. Ellos nunca faltaban. Además, tres veces al mes había partido que se celebraba en sábado o en domingo. Era opcional asistir, pero ellos iban siempre.

Fernando era muy alto, por lo que jugaba de pívot. Además, era muy atlético, estaba en plena forma y era todo un crack encestando. Rocha, en cambio, no era bueno tirando a la canasta, pero no era esta su función principal, ya que jugaba de alero y distribuía el juego. Destacaba por su rapidez y se esforzaba mucho en mejorar su puntería porque en alguna ocasión inevitablemente tenía que intentar encestar.

En la entrada del metro unos saharianos vendían tabaco a mitad de precio; no tenían mucha variedad, ya que aparentemente era de contrabando, pues las cajetillas no llevaban el sello de los impuestos. Ese día solo tenían Marlboro y Camel.

—¿Pillamos un paquete a medias?

Necesitaban tabaco para hacer la mezcla con hachís. Rocha rebuscó en la billetera.

—Vale, pero pilla el más barato, que ando mal de pasta —dijo mientras le entregaba dos monedas, una de cincuenta pesetas y otra ligeramente más pequeña que tenía un agujero en el centro, esa era de veinticinco pesetas.

Rocha no sabía liar el porro, Fernando le enseñó ese día.

—Pillas un «piti» y le arrancas la punta para usarla como filtro. A esto se le llama «mora».

Se la puso en la oreja, el resto del cigarro lo usó para mezclarlo con el hachís. Para extraer el tabaco le dio una chupada a la unión del papel y tiró del filtro, se abrió solo y se lo echó en la mano.

—Algunos usan el filtro, pero le sacan la mitad, o le ponen cartón; a mí no me gusta. Si le pones el filtro entero coloca menos, si le pones medio filtro se espachurra y si le pones cartón rasca la garganta que no veas. Prefiero poner la mora de toda la vida, tío.

Se puso el tabaco en el hueco de la mano izquierda, y el filtro entre los dedos índice y corazón apuntando hacia arriba. Ahí puso un pedacito de hachís y empezó a calentarlo con el mechero. Lo deshizo con la otra mano y lo mezcló con el tabaco. Tiró el filtro que había usado para no quemarse, puso un papelillo smoking deluxe encima del tabaco con el chocolate, tapó con la otra mano y dio la vuelta de forma que el tabaco quedaba situado listo para enrollar. Se sacó la mora de la oreja, que se había colocado como si de un lapicero de carpintero se tratase, y la puso en el extremo del papel. Empezó a sobarlo con los dedos índice y pulgar de ambas manos hasta que se enrolló solo, como por arte de magia.

—Ahora chupas un poco la pega y terminas de enrollar.

Rocha observaba impresionado aquel trabajo de papiroflexia mientras Fernando prendía el papel sobrante del extremo y le daba una calada mínima para que se encendiera.

—No me gusta darle la primera fuerte porque te tragas el gas del mechero.

A Rocha le pareció una tontería que quisiera cuidarse de la toxicidad del gas y, sin embargo, estuviese fumando alquitrán y a saber cuántos aditivos más que llevaba el cigarro.

Le dio una segunda calada intensa. Mientras echaba el humo simultáneamente por la boca y la nariz, se lo ofreció.

—Toma, dale, dale.

Le pasó el porro y cogió el envoltorio de celofán que cubría el paquete de Camel.

—A esto le llaman «chivato» —le dijo mientras lo usaba para guardar el hachís y se lo metía en el calcetín.

III

Tiempo Libre era el punto de reunión los viernes por la tarde, allí aparecían los b-boys en busca de novedades. Era una tienda que se había especializado en toda la temática relacionada con el hiphop, desde música, aerosoles de pintura, hasta ropa y zapatillas.

Rocha y sus amigos, cuando su bolsillo se lo permitía, compraban cada uno una cinta de rap y las intercambiaban. Así llegaron a sus manos Bufank, Zona Norte Posse, M90, Psicohiphopatas, Alma Vacía, Geronación, Muerte Acústica y tantos más...

Rocha tenía varias de las maquetas que le había pasado Miriam, compañera del instituto; eran de su hermano mayor y se las pasaba a escondidas. También le pasó Rap in Madrid que para Rocha parecía el origen de algo, aunque no sabía muy bien qué; no era lo que él buscaba, pero lo respetaba.

Rap in Madrid era de 1989, un intento fugaz de introducir el rap en España que imitaba los inicios del rap estadounidense, al estilo de Kurtis Blow, Run-DMC, LL Cool J, o Grandmaster Flash, aunque con letras infantiles que dejaban mucho que desear, según el criterio de Rocha. El momento que estaba viviendo Rocha era el verdadero origen y no un resurgir, porque el hiphop estaba naciendo de las calles, de los propios raperos y de sus maquetas caseras, que estaban dando lugar a los primeros discos de calidad. En aquellos momentos se había impuesto el concepto de rap underground y de competición por ver quién hacía más y mejor, muy distante ya de ese disco.

Miriam le consiguió tres CD de hiphop español originales, fueron los primeros que Rocha tuvo en sus manos que no fueron

maquetas, «Más ke dificultad» de los Verdaderos Kreyentes de la Religión del Hip Hop, «La saga continúa» del Club de los Poetas Violentos y el maxi «Llámalo como quieras» de SFDK... en una época en la que no era nada fácil conseguir rap en español.

—Pásalos a cinta o llévalos a copiar, pero tráemelos el lunes porque si me pillan mi hermano me mata —le dijo Miriam prestándole los CD de su hermano.

IV

Rocha y Fernando conversaban sentados en el metro. Iban exhaustos después de un entrenamiento de básquet. Había pasado tiempo y Rocha se había iniciado en algo más que en el baloncesto.

—Me estoy fumando casi un talego en porros por semana... Y me quedo corto, tío, y eso sin sumar lo que cuesta el tabaco... No me alcanza el dinero

—¿A quién le pillas los porros?

—A Fran en el campito.

—La verdad es que ese cabrón vende un poco corto. ¿Sabes?, ese tío va a pillar a la Elipa todos los viernes. Me han dicho que le venden de cien en cien gramos.

—Sería la hostia comprar a esos tíos directamente. Seguro que los cien se los deja a menos de cincuenta mil pelas. Pero deben ser yonquis, o traficantes o vete tú a saber.

—Si nos juntamos varios podríamos poner mil duros cada uno y ¡tendríamos diez gramos para fumar a tutiplén! El tema es cómo accedemos a los que venden, y cómo podemos ir a la Elipa sin que nos roben al entrar por ahí.

—Para mí el tema es de dónde saco yo mil duros... Tú eres rico, cabrón. Hablas de cinco mil pesetas como si te fueras a limpiar el culo con ellas.

—Pero, tío, después tienes hachís para rato. Incluso lo puedes vender. Piénsalo...

El primo de Fernando conocía a Fran el de «el campito». Era un tío legal, se llamaba Berni y siempre se había portado dabuten

con ellos pese a la diferencia de edad, era cuatro años mayor. Habían fumado con él algún que otro porro, pues el tío se enrollaba en ese sentido, pero ellos no sabían cómo abordar el tema de que querían comprar una cantidad grande sin que llegase a pensar que iban a traficar o que iban a fumar hasta pasarse de vueltas. Un día en el campito estaban comiendo unas patatas fritas de bolsa y bebiendo un litro de birra tirados en el césped al sol cuando pasó Berni paseando al perro. Tenía un labrador retriever color chocolate; era tranquilo, por demás, y casi tenía que llevarlo tirando para que caminase.

Estaba un poco lejos, así que lo llamaron a gritos y con un silbido. La litrona estaba recién abierta, así que según se acercó le invitaron a un trago. El perro se sentó inmediatamente, se le notaba cansado; ya era viejo, como atestiguaban sus canas en el hocico.

—¡Aaah, qué ricaaa! —suspiró de gusto después del lingotazo.

Conversaron y le comentaron la jugada que tenían en mente y para su sorpresa les dijo que podrían ir juntos y que él quería cinco talegos.

—Fran va el viernes sobre las tres de la tarde. Vamos a ir con él. Os venís conmigo —no parecía una pregunta.

—Yo el viernes después de comer imposible, tengo academia de Matemáticas y mi padre me corta los huevos si se entera de que no voy —dijo Fernando.

—Mi tío sabe lo que hace —respondió Berni—. Hace bien en tenerte atado corto, cabroncete —dijo dándole una colleja.

—Yo iría, pero Fran se va a cabrear... —contestó Rocha—. ¡A mí me vende el doble de caro!

—Tú vente conmigo y chitón, ni abras el pico.

Rocha se centró en conseguir antes del viernes todo el dinero posible para hacer una buena compra, cinco talegos para él y otros cinco para Berni... Faltaba mucho para llegar a los cien gramos, así que se dedicó a contactar y persuadir a todos sus amigos que fumaban hachís.

Rocha fue con Berni ese mismo viernes cuando terminó de comer. En esa ocasión se dedicó a observar. La compra la hizo Berni

con Fran. Él esperó solo, sentado en un banco.

Aquel día conoció al Jonathan. En adelante ya sabría dónde conseguiría la droga a buen precio, sin Fran ni Berni. Mientras esperaba se le acercó y se sentó a su lado:

—Me imagino que has venido a comprar, pero el trato lo están haciendo los otros. Toma, chaval, este es mi teléfono móvil. Llámame, ¿sí?

El Jonathan le dio su teléfono y su nombre anotado en un papel. Miró el papel.

—Ok, Jonathan —y se presentó—. Me llaman Rocha. Mañana te llamo, quiero hablar contigo —dijo directamente.

«Me tengo que comprar un teléfono móvil».

Al día siguiente lo llamó desde el teléfono fijo de su casa y acordó en reunirse con él el siguiente jueves.

V

Ese mismo viernes tenía pensado salir a pintar graffiti. Haría algo «tranqui».

Como era su rutina cada inicio del fin de semana, el Keny y Rocha quedaban a las cinco de la tarde y encaraban su camino hacia el centro, al metro de Antón Martín, donde estaba Tiempo Libre.

Se bajaron en Gran Vía para hacer trasbordo a la línea uno.

—Oye, me han dicho que han salidos unos espráis nuevos. Se llaman Montana.

—Pues ojalá que no dejen tantos chorretones como los Felton. ¿Dónde los venden?

—Han abierto una tienda que se llama Push the cap. Está cerca de Callao. Además de los Montana, tienen CD de rap, venden todo lo relacionado con el hiphop.

—¿Y si vamos a ver qué tal?

Se quedaron en el mismo andén esperando a que volviera a pasar el metro en el mismo sentido en que lo habían dejado minutos antes.

Los aerosoles de pintura Montana eran una revolución en calidad, gama de colores y precio. Era pintura para grafiteros.

Llegaron a la tienda y estaba abarrotada de gente fuera y dentro. Hicieron unos cálculos rápidos de la pintura que necesitarían.

Mientras les preparaban los aerosoles Rocha echó un vistazo a la vitrina de los discos. Allí estaba como novedad «En pie de vuelo» de La alta escuela.

—Esos dos son los que acompañan al Zatu en los conciertos —dijo Rocha señalando el CD—, el otro día salieron en la tele en el concierto de Radio 3 por la noche.

—Sí, son Toteking y Juaninacka; los otros son el DJ Randy y Juanma. Ese disco está grabado desde hace casi un año; de hecho, ya está a punto de salir su nuevo single «Días de colegio»...

—¡La movida del sur está tremenda! El colectivo de SFDK se llama Lunex: La unión expresiva. Hay todo tipo de b-boys, son un montón de peña: grafiteros, breakers, DJ y MC. Mira ese disco de ahí, el de La Gota que Colma.

—Ah, sí, son los que colaboran en «Siempre Fuertes».

Los aerosoles ya estaban.

—Mil seiscientas pesetas, chavales —dijo el dependiente.

—La Gota que Colma, «Mordiéndolo el micro»... —se quedó pensando Rocha antes de pagar y miró cuánto dinero le quedaría después de la compra.

—Oye, perdona, ¿Puedes sacar el CD de la vitrina y le echo un vistazo? Quiero ver los temas que trae.

El tío que atendía quitó el candado del vidrio y se lo pasó de mala gana, dando por hecho que no lo comprarían.

—¡Hostia, tío! Colaboran El Ingeniero, La Mala Rodríguez y Nach Scratch.

Un muchacho rubio rapado con pendientes de aros grandes en cada oreja se le acercó y se puso a mirar la carátula del CD por encima de su hombro. No decía nada, permanecía cerca de Rocha casi de forma provocativa.

—Venga, daos prisa. ¿Lo vais a pillar o no? —dijo el dependiente con cierto desprecio.

El Keny miró a Rocha y le preguntó:

—¿Te lo vas a pillar?

—Sí, tío, pero pillate tú otro e intercambiamos; si no, no te lo voy a pasar. Rocha miró hacia atrás, ya no estaba el chaval rubio.

Después de que el Keny se lo pensara unos segundos mirando la vitrina de los discos contestó:

—Venga, vale, yo me llevo «La Esencia», de Souchi.

Salieron de Push the cap con dos bolsas grandes cada uno con los espráis y una bolsa chica con cada CD. El Keny sacó «La Esencia» y empezó a leer los títulos de las canciones.

—El Maese KDS, Los Trovadores de la Lírica Perdida... ¡Ostras, tú! Dos temas del Morodo.

En ese momento un muchacho apareció de la nada, pegó un salto y le quitó el CD de las manos. Era un crío, a juzgar por su estatura. Salieron corriendo detrás de él. El Keny iba delante.

El muchacho giró hacia un callejón.

Lo seguían.

Al girar la esquina, tras avanzar unos diez metros, se toparon de cara con seis chavales que los pararon de golpe y los rodearon.

Allí estaba el mocoso con el CD que le había manoteado... Sabían que se habían metido en un lío.

Uno de ellos se acercó a Rocha. Era el muchacho rubio de la tienda.

—Me vas a dar también el de La Gota que Colma, y todas las latas. Rocha no decía nada, estaba cagado de miedo.

Antes de reaccionar le quitaron las dos bolsas de las manos, los espráis y el CD.

El Keny tenía todavía sus espráis. Y cuando se los fueron a quitar sí reaccionó, a diferencia de Rocha, pero no fue la mejor idea.

Dio un salto atrás y con la bolsa de los espráis le pegó en la cabeza a uno de los muchachos. Rocha intentó correr hacia él, pero no se percató de que le habían puesto la zancadilla y cayó al suelo. No vio nada más, se tapó la cara mientras recibía múltiples patadas y escuchaba al Keny gritar de ira.

De repente siguió el silencio total.

Tenía al Keny sentado en su tripa y dándole cachetes.

—Espabila, tío, venga, despierta —escuchaba Rocha en la lejanía mientras despertaba.

Abrió los ojos, vio al Keny a dos palmos de distancia con la nariz y la boca llena de sangre.

—Ese cabrón te ha pegado una patada en la cabeza.

Rocha se dio cuenta de que se había desmayado.

—¿Ha pasado mucho rato?

—¡Na!, un par de minutos, ¡serán cabrones!

Mientras se incorporaba lo primero que hizo fue tocar su bolsillo y lo único que dijo fue:

—Por lo menos nos han dejado las billeteras para poder volver a casa...

Caminaron en silencio hacia el metro mientras se limpiaban los golpes.

Se sentaron en los bancos del andén. El primero en volver a hablar fue el Keny, varios minutos después.

—Ese rubio era el Soar.

—No me suena... ¿Pinta?

—Sí, creo que sí, pero por joder la marrana nada más. No es muy bueno, algunos tags y flopeos en plata y poco más, muy pastelero.

—Oye, Keny... Perdona, tío, pero me quedé parado como un zángano.

—No te preocupes, el resultado era el mismo.